



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

Con Borrow por Gales

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, agosto de 1919.

¿Qué voy a hacer ya que tristes circunstancias del bochornoso estado a que yace mi patria me impiden salir, como otros veranos, a recorrer rincones de España, repliegues de serras, cumbres de montañas, orillas e rías, páramos de la llanada o cañales de ciudades seculares? Pero aquí está la carroza de Morgan Mwynnawr. La carroza de Morgan Mwynnawr era una de las trece cosas preciosas—otra era el manto de Arturo—me había, según la leyenda céltica gallega, en la Isla de Britania. El que se sentaba en ella era llevado a donde quisiera. Pero yo quiero ir a donde ella me lleve y que me ahorre el tener de querer, que no es poco trabajo.

Mi carroza de Morgan Mwynnawr en estos días de canícula ahoga por un libro de Jorge Borrow—ya le conocí por su «Biblia en España»—me aunque no habla de ella, de esa carroza, sin duda, él, tan conocedor de la literatura y las leyendas gallegas, la conocía. Al país de Gales se refiere el libro; llámase «Gales bravo»—«Wild Wales»—y es un relato, a la originalísima manera borrowiana, de una excursión que acompañado en parte por su mujer e hija, hizo Borrow por el país de Gales en 1854. Así haré mi excursión de verano de este año.

Excursión, eh? y no viaje de turista. Una excursión es algo intensivo, se hace generalmente a pie, por trochas y veredas a las veces, cruzando la palabra con los viandantes de la carretera pública, mientras que un viaje de turista, en tren, durmiendo en hoteles, es algo extensivo y expensivo o dispendioso de, que generalmente no se saca nada en limpio.

Admirable sujeto aquel originalísimo Jorge Borrow, el verdadero descubridor de la verdadera España en Inglaterra, amigo de gitanos y traductor del Evangelio de San Lucas al caló gitano español—«Embéo e Marcaró Lucas», 1837—poliglota y psicólogo. Lo de poliglota era su vanidad. Su tema favorito es el asombro, y a las veces disgusto, que les causaba a los gallegos oírle a un inglés hablarles en su lengua nativa. Gustábale intrigar a la gente y gustábale aparecer enterado de todo lo que al pueblo de los caminos le interesa. «Si hablé de una granja—le dice una vez a uno—es porque tengo costumbre de hablar de todo, estando versado en todas las materias, como usted ve, o presumiendo estarlo, que viene a ser lo mismo—cor affecting to be so, which comes

much to the same thing». — ¡Aquí está todo el hombre! ¡Y todo un hombre!

¡Estupendo psicólogo! En los caleidoscópicos cinematógrafos que son sus libros, compuestos de retazos de conversaciones al azar de los caminos y posadas, se ve al desnudo el alma del pueblo. Confesaba sacar de las conversaciones de taberna distracción y edificación. Otra vez nos dice que los vagabundos—«trampers»—son la única gente de que se puede aprender algo. Y yo de mí sé decir que las más profundas sentencias se las he oído a mendigos, sobre todo si eran gallegos.

Viajaba Borrow a pie, habiendo tren. «¡Dos millas, señor, y el viaje sólo cuesta seis peniques!», le decía uno—y viajaba así buscando unas veces la soledad para gozar del paisaje y hasta con lágrimas—¡era un sentimental!—y buscando otras el paisanaje. Deleitábale que no adivinasen el objeto de su viaje o sorprenderles diciéndoles que iba a ver la cuna o la tumba de un poeta. Encontróse, sin embargo, en un mesón con un pobre hombre que se puso a cepillarse la ropa sin contestar a ninguna de sus preguntas y después le dijo: «Ya sé a qué viene usted. Tiene que oír las conversaciones de los pobres para enterarse de sus maneras y flaquezas y apuntarlas en un pequeño librito que sirva de diversión a lord Palmerston y los otros señores de Londres».

En una ocasión viéndolo yo, como teníamos por costumbre, de excursión pedestra por una de las montañas que cifican a Bilbao, me quedé algo detrás de mis compañeros, y sorprendí estas palabras de dos aldeanos, y no en vasconco, sino en castellano, aunque algo chapurrado: «De minas o de aguas...»—dijo un aldeano, señalando a mis compañeros, y el otro que debía ya conocerlos, le contestó:—«¡No! ¡a ver náa más; ¡inocentes! ¡Ibamos nada más que a ver; ¡inocentes! Y en otra ocasión, excursionando y con fines lingüísticos, por esta provincia de Salamanca, detenido en un mesón, iba apuntando en un cuaderno las voces de la tierra que oía a los charros u otras observaciones, y en un momento, al apuntar algo, le dijo uno al último que había hablado: «¡Ahora te toca a ti!» y todos se rieron de él. Pero para risa la que soltaron en Madrid, siendo yo estudiante, unas nodrizas vascongadas que viéndome sentado en un banco que apetecían, se pusieron a burlarse de mí en vasconco—recuerdo que entre otras cosas me llamaron «zezenerritarra», de la tierra de los toros—hasta que al levantarme les dije en vasconco:





ce también: «Ahí os queda el banco, si no hubierais dicho eso lo habría delado antes». Y durante varios días cuando me veían soltaban el trapo a reír.

Con el menudeo de confesiones que Borrow recibía por los caminos de Gales mezcla sus fantasías sentimentales y sus fantásticos comentarios a la literatura y leyendas célticas galesas. Y no pocas veces le asaltan los recuerdos de España, que había recorrido veinte años antes. ¡Y recuerda a España sollozando! Acaso ningún otro extranjero ha sabido quererla de una manera tan original e íntima.

Sus observaciones son a menudo verdaderamente sorprendentes. ¿De dónde sacó, v. gr., que los hijos de los zapateros son siempre listos? «Afirmación—añade seriamente—que si alguien la pone en duda, le recuerdo que asista a los exámenes de Cambridge, en que se encontrará con que de cuatro casos, en tres los primeros en la promoción—«the senior wranglers»—son los hijos de zapateros». ¡Y su estupendo elogio del paraguas? Habría que reproducirlo todo.

Y este hombre extraordinario—uno de los hombres más extraordinarios que hayan escrito, lo que no es propiamente un escritor extraordinario—me ha llevado en estos días de canícula en que no he podido salir de aquí, de Salamanca, por el pequeño principado de Gales de hace 80 años, por sus modestas montañas y sus pequeños ríos. ¿Modestas? ¿Pequeñas? En cuestión de montañas y de ríos no es su tamaño material lo que las da grandeza. «Flyntlimon es una famosa

montaña—dijo yo (nos dice Borrow)—supongo que es muy alta. «Sí—dijo él—es alta, pero no es famosa porque lo sea, sino a causa de que salen de su seno los tres grandes ríos del mundo: el Hafren, el Rheidol y el Gwy». ¡El Hafren, el Rheidol y el Gwy, es decir, el Severn, el Rheidol y el Wye los tres grandes ríos del mundo! El Severn es el mayor de la Gran Bretaña, pero... Y sin embargo... Me acuerdo que hablando leído en una pequeña guía que para uso de los turistas de Béjar y su comarca escribió un comerciante bejarano la mención del «célebre Cuerpo de Hombres», que es el río que mueve las fábricas de paños de Béjar y lava con sus aguas sus tintes, pregunté a uno al cruzarlo una vez: «¿Y por qué es célebre el Cuerpo del Hombre?» «¡Por llevar agua!»—me contestó. Y sin embargo, no son los ríos que más agua llevan los más célebres por eso.

¿Es que el Nilo, el Ganges, el Marañón o Amazonas o el Misissipi son tan célebres como el Jordán o el Tiber? Del Rubicón, celebrísimo, ni se sabe a punto cierto cuál sea hoy. Un poeta basta para inmortalizar un río. ¿Es que alguno de los ríos gigantes ha inspirado nada como la espléndida serie de sonetos que al río Duddon dedicó Wordsworth? ¿O aquí, en la península ibérica, ninguno de nuestros grandes—relativamente—ríos ha inspirado nada como lo que el manso y humilde Vouga portugués inspiró a

Antonio Correa d'Oliveira? Y quien dice de ríos dice de montañas. El que ilusionado por la leyenda se va a ver Roncesvalles, donde murió Rolando, se sorprende de pronto. Y aun hay más y es que acaso la excesiva grandeza material estorba para la otra. Un río que se asemeja a un brazo de mar deja de ser un río sin llegar a mar.

¿Y qué otras cosas encontró Borrow en Gales? Entre ellas que un cierto Madawg ap wain Gwynedd—todo son ws e ys en el galés!—había descubierto antes que Colón Tir y Gortlewin, o sea América. En mi nativo país vasco inventó no sé quién, pues es leyenda postiza como tantas otras, que un marino vasco, de nombre Andialotza, dió a Colón noticia de América. Y la verdad parece ser que ni fué Colón, sino Américo Vespucio, quien «descubrió» América a los europeos aunque aquél arribase a ella antes que éste.

Hay un pasaje en este libro de Borrow sobre Gales, de finísima psicología, y es que dirigiéndose una vez a uno en galés le respondió el otro en... español. Resultó que sabía inglés, y había aprendido el español en Chile. Y al preguntarle Borrow cómo sabiendo inglés y conociendo que él, Borrow, era inglés y no español, le contestó en este idioma sin saber si lo entendía o no, el otro le dijo: «Apenas si puedo decirse, pero créi deber hablar en español. Le oi hablar galés y eso de que un inglés hable galés... Vi que no era su lenguaje, señor, y como había aprendido algo de español creí que es-

taria bien contestarle en él...» Y Borrow le replicó: «Usted me tomó por un extranjero y creyó que sería muy fino responderme en una lengua extranjera». En «La Biblia en España» cuenta Borrow una cosa parecida y es que su patrona en Madrid le decía que fuese a repartir biblias a Villaseca, en la Sagra, de Toledo, donde las gentes se dirigían a los extranjeros a grandes voces, y en gallego. Habían aprendido algunas palabras gallegas de los segadores y, como era la única lengua extraña que conocían parecían muy cortés dirigirse a los extranjeros en esa lengua. Pero en el caso de Gales la psicología era otra. Se iba de lingüista a lingüista. El que había aprendido español en Chile se dijo: «¿Con que te me vienes haciendo gala de saber galés? ¡Pues ya verás lo que sé yo!» Lo que me recuerda, que en un rato de buen humor cogí una vez a uno de mis hijos, de cinco o seis años entonces, y me puse a declamarle una oda de Carducci, en italiano; oyóme mirándome fijamente, sin pestañear, y cuando acabé, para ponerse a la altura de las circunstancias, me espetó con el canturreo de la escuela esto: «¡Sansón, matando a los filisteos!» Era para él toda una oda también y casi en italiano.

A las veces encontrábase Borrow enteramente solitario entre la muchedumbre, no tenía con quién cambiar un pensamiento o una palabra de bondad; unos no le contestaban, otros era peor que si no le contestaran. Esto ocurre a menudo, sobre todo entre la muchedumbre urbana a que uno está habituado. ¿Y entonces? Entonces si como ahora me ha sucedido, no puede uno salir de la ciudad acostumbrada a recorrer cumbres y barrancos y senderos y orillas y mesones, lejos de las grandes vías férreas y de los grandes hoteles insoportables, le queda montar en una de estas carrozas de Morgan Mwynvawr y en compañía de un hombre, de todo un hombre como fué Jorge Borrow, dejarse llevar a donde él quiera que es a donde uno quiere, pues que él nos hace el querer.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA